

— **Páginas admirables de Aimé Guérin**

MATEO nos muestra a Jesús, aquel atardecer, en Betania; lo cual no quiero necesariamente decir que estuviese en casa de María;


Y, al día siguiente, muy de mañana, el coqueño coqueño vuelve a emprender el camino de la ciudad.

—Andando, Pedro exclama:

—¡Maldito, maldito!

En el borde del camino, la higuera maldita cae: hojas encaladas cuelgan de las ramas sin vida.

—¡Ay, ay, ay! —grita el coqueño—. ¡Ay, ay, ay! —grita el árbol lucía ayer sano, verdegueroso, engañador, engañador, brillante cuadro, pero vacío, un falso monumento para recondir un esqueleto bajo el farsiego de los preceptos humanos, la Ley de Amor estaba muerta: por eso el justo Rey abre el maulisco, rompe el cuadro, maldice el árbol

[illegible][illegible]

—Sin dejarte tiempo para replicar, ni para un retrospecto majestuoso, los envuelve en el ataque de una parábola agnóstica:

—Un hombre envió a sus dos hijos a la viña. “Ved,” dijo uno y no fu: “no lo” dijo el otro pero, arrojándose y vo. Declíme: ¿cuál de los dos es más obediente?

Algunos respondí:

—El segundo.

—Pues bien: el Padre ha enviado a Jehovan para ilustraros y no le habéis escuchado: ¡mientras que los pecadores, los publicanos, las mujeres de vida alegre, han solicitado su bautismo: por eso, yo

[illegible]

Poco a poco, pídense entre la muchedumbre. Pronto volveremos a hallarlos: fariseos, nacionalistas, herederos entregados a Roma, se consagrarán para hundir al impostor; las perfidias han encontrado el terreno favorable; Jesús no puede contestar sin indisponerse con la plebe y con Pilatos.

—¡Rabí sabemos que sois verdicido y que enseñáis la vía de Dios! ¡sin preocuparos de los hombres y sin dederlos ante las apasiones! ¿ciédes, pues, Jesús autorizado pagaros un tributo a César?

—¡Hipócrites! ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda de tributo.

Le presentaban un denario romano, con el perfil de Tiberio y este externo: "TI. CESAR DIVI AVG. P. AUGUSTUS".

—¿Acepta la moneda de un principio, han decretado los rabbinos—equivale a reconocer su poder—preguntó el Maestro. ¿De quien está la inscripción?

—Pues... ¡de César!

—Entonces, dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

La intervención saducea transporta la lucha sobre un terreno distinto: los epítetos sin principios se cuidan muy poco de política. Sin embargo, el Maestro responde:

—¿No está escrito: "No tendrás otros dioses delante de ti?"

—Maestro, teníamos entre nosotros a siete hermanos: el primero y murió sin dejar hijos; según la Ley del Levítico, el segundo se casó con la viuda, pero también murió y el mismo sucedió con los otros tres. El último, murió también la mujer, después de la resurrección, ¿cuál de los siete maridos le tendrá por esposa?

—Nada sabéis —replica Jesús—, ni de la Escritura ni del poder de Dios. En la vida futura, los hombres no tendrán esposas, las mujeres marido: todos serán como los ángeles del cielo... Pero por motivos semejantes negáis la resurrección. Si rechazáis a los Profetas, al menos, pretendáis creer en la Ley. Pues bien: ¿qué os dice la Ley en donde laví os ha dicho: "Yo soy el Dios de Abraham"

(Continúa en p. 59, s. 1.ª col.)

